

Debates teóricos en torno a la literatura latinoamericana: el surgimiento de un nuevo proyecto crítico (1975-1985)

*por Roxana Patiño
(Universidad Nacional de Córdoba)*

RESUMEN

Este trabajo se propone indagar en las instancias de emergencia del proyecto crítico que, a principios de los años '70, comienza a perfilarse como un espacio colectivo de reflexión y debate en torno a la necesidad de un discurso teórico y crítico que acompañe la "madurez" de un corpus literario en pleno proceso de expansión y consagración internacional. Se hace especial hincapié en el cruce entre modernización y politización que realiza este proyecto, sus principales actores, los circuitos de las revistas de crítica literaria y cultural que lo consolidó, y los aportes iniciales que luego dieron lugar a las producciones críticas más complejas de los años '80.

Palabras clave: literatura latinoamericana – crítica – teoría – modernización – politización

This paper aims to investigate about the emergence of the critical project that, in the early 70s, was becoming a collective space for reflection and debate on the necessity of a theoretical-critical speech to go along with the growth of an expanding literary corpus, emphasizing the cross made by the project between modernization and politicization, its main protagonists, the literary and cultural criticism magazines that consolidated it, and the initial contributions that gave place to the most complex critical essays of the 80s.

Keywords: Latin American literature – criticism – theory – modernization – politicization

Estas reflexiones se enmarcan en una investigación mayor en torno a las transformaciones de los discursos teóricos en la crítica literaria y cultural hispanoamericana en la segunda mitad del siglo XX, con particular atención a las formas en que estos cambios se relacionan con dos zonas que se entrecruzan durante el período: la *modernización* y la *politización* de la crítica. Se trata de una etapa de modernización cultural dentro de la cual un foco de debate recurrente entre los críticos e intelectuales es, precisamente, el de cómo articular un discurso que dé cuenta de lo americano siendo, al mismo tiempo, teórica y críticamente superador y políticamente insertado en un proyecto de liberación de esquemas culturales "colonizados". Interesa, entonces, el cambio cultural y, en este caso, el momento en que esta noción de lo específico, lo propiamente identitario, sufre una reforma considerable en las concepciones de los críticos de cara a las profundas transformaciones generadas en América Latina a partir de la Revolución Cubana y el paradigma para la cultura y la literatura que desde ese horizonte se levanta. Momento en el que la crítica reclama un cambio de paradigmas teóricos, se acerca al discurso americanista con la idea central de atender a la especificidad de sus discursos literarios (entroncándose con la matriz de los discursos identitarios del pensamiento continental) y debate sobre las condiciones de posibilidad de un estatuto teórico y crítico renovado para la literatura, entre 1975 y 1985.

Siguiendo las ideas de Raymond Williams (1997) todo momento de cambio cultural está asociado a un "proyecto intelectual" que lo sostiene desde sus contenidos ideológicos. El surgimiento de los estudios culturales, en el caso que refiere Williams, está estrechamente ligado a un proyecto intelectual llevado adelante por una formación que provee los instrumentos teóricos para pensar una cultura desde parámetros profundamente reformulados por los cambios generados a partir de los años '60. Me interesa, en este caso, delinear el momento de emergencia y los rasgos principales de un proyecto intelectual de construcción de una teoría, crítica e historiografía literarias latinoamericanas que, hasta donde conocemos, fue el último intentado de manera más o menos orgánica a nivel continental y colectivo. El proyecto, como

tal, sabemos que fracasó, pero tal vez haya sido uno de los fracasos más fecundos que conocemos. Las razones forman parte de las hipótesis que quisiera sumariamente presentar.

Para estudiar un proyecto de este tipo deberían tenerse en cuenta al menos cuatro aspectos que lo validarían como tal: 1) La presencia de un corpus crítico portador de núcleos innovadores en su agenda, en este caso, la discusión en torno de los paradigmas teóricos que alimenten una renovada crítica latinoamericana; 2) La existencia activa de los sujetos o formaciones que lo sostienen, esto es, la emergencia de un núcleo de críticos que hasta el momento no habían coincidido en un debate conjunto sobre la crítica y la historiografía literarias americanas, y que por primera vez colectivamente colocan el tema en la agenda de debate; 3) El despliegue y acción de instituciones y circuitos que lo instalan. Es de capital importancia advertir el significado estratégico del surgimiento de un conjunto de revistas de crítica literaria y cultural que consolida un espacio académico e intelectual también ampliado por esos años en consonancia con la internacionalización de la literatura latinoamericana y su afianzamiento como área de estudios en los centros académicos metropolitanos. Sus principales responsables están en estrecha relación o a veces coinciden de manera personal con este conjunto de críticos; 4) El surgimiento de los paradigmas teóricos en los centros metropolitanos que serán referenciales en los estudios literarios posteriores: los estudios culturales, los estudios poscoloniales, entre los principales.

He elegido para este estudio el periodo comprendido entre 1975 y 1985 aproximadamente, porque creo que es el más denso en producciones que consolidan este proyecto. Un recorte válido sólo como instancia de análisis y que por supuesto debe extenderse en ambos sentidos temporales. En los extremos de este periodo se realizan dos publicaciones emblemáticas de este proyecto: *Para una teoría de la literatura latinoamericana*, de Roberto Fernández Retamar, publicado por Casa de las Américas (1975) y los dos libros compilados por Ana Pizarro con los debates de los principales críticos latinoamericanos acerca de las condiciones del discurso crítico continental y los problemas teóricos que acarrea una empresa de historiografía literaria. Se trata de *La literatura latinoamericana como proceso*, publicada por el CEAL en 1985 y *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, publicada por el Colegio de México y la Universidad Simón Bolívar, en 1987. Ambos daban cuenta de un proyecto conjunto, dirigido por Ana Pizarro, patrocinado por la Asociación Internacional de Literatura Comparada y la UNESCO (que se cristalizará en los años 90 con la publicación sucesiva de los tres volúmenes de *América Latina. Cultura, Literatura e Palabra*, organizados por Pizarro.

Tanto en el libro de Fernández Retamar como en los compilados por Pizarro, se detecta una flexión fundacional en sus propósitos; el primero, en su pretensión de generar un universo teórico más específico; los segundos, en su manifiesta intención de acometer una empresa historiográfica que pusiera en escena la complejidad y heterogeneidad de los sistemas culturales que operaban en el continente y que ninguna historiografía había analizado hasta entonces de manera sistemática. Es evidente en estos dos libros la voluntad de los intervinientes en el proyecto de poner a prueba una serie de categorías y de hipótesis que deberían tenerse en cuenta a la hora de enfrentar temas complejos en la periodización, la clasificación, las nomenclaturas, etc.¹

Entre las diferencias que separan no sólo cronológicamente estas publicaciones, cabe ubicar un importante corpus crítico compuesto por una numerosa cantidad de artículos y ensayos (algunos de los más importantes compilados posteriormente en libros) cuyo propósito también apuntaba a una reflexión sobre el estado y las condiciones de posibilidad de una crítica “específica” para la literatura latinoamericana. La necesidad de construir un discurso teórico, crítico e historiográfico integrador y los instrumentos conceptuales aptos para construir ese

¹ Otras reflexiones historiográficas interesantes, pero más acotadas en sus propósitos, fueron las de los números monográficos de las revistas de crítica. Es el caso de *Dispositio*, vol. XII, n° 28-29 (1986) sobre “Literatura e historiografía en América Latina” editado por Cedmil Goic y Walter Mignolo; el número especial de la revista *Filología*, a. XXII, 2 (1987), coordinado por Ana María Barrenechea, sobre “La(s) historia(s) de la literatura”. En estos casos, la pretensión se restringe al análisis autorreflexivo y metacrítico, pero no avanza a la dimensión propositiva.

discurso, fueron los tópicos de un debate y un conjunto de propuestas que constituyen el esfuerzo por generar un nuevo estatuto crítico que operara de polea de relevo para un latinoamericanismo que, reconociéndose tributario del pensamiento de sus fundadores (desde Martí y Rodó a Mariátegui y Henríquez Ureña) requería por entonces una instancia de reforma superadora. Quisiera analizar sumariamente algunos rasgos de este debate, señalar sus actores y sus circuitos de circulación y expansión, con la hipótesis de que previo a la instalación del “latinoamericanismo internacional o transnacionalizado” en el marco de la globalización de los discursos en los años ‘90, el latinoamericanismo continental realizó un esfuerzo teórico y crítico sustancial, cuyos mejores resultados luego fueron absorbidos y en el mejor de los sentidos aprovechados dentro de este flujo teórico que hegemonizó gran parte de este latinoamericanismo ya desterritorializado, multicéntrico y multilingüístico de la actualidad. Valga decir que esta hipótesis discute aquellas que ubican a este pensamiento como el último reducto de un latinoamericanismo que sucumbió al “riesgo de las metáforas” (según la expresión de Cornejo Polar) de la “internacional teórica” que devoró el pensamiento continental durante los ‘90.

El mayor volumen de este material se publicó entre mediados de los ‘70 y mediados de los ‘80 en el circuito de las revistas de crítica literaria y cultural provenientes de la academia tanto latinoamericana como norteamericana, así como de formaciones independientes e instituciones estatales. De esos años data el surgimiento de la gran mayoría de ellas: *Hispanamérica* (Estados Unidos, 1972) dirigida por S. Sosnowski, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (Perú, 1973) dirigida por Antonio Cornejo Polar², *Escritura* (Venezuela, 1975) dirigida por Ángel Rama, *Texto Crítico* (México, 1975) dirigida por Jorge Ruffinelli, *Dispositio* (Estados Unidos, 1976) dirigida por Walter Mignolo, *Lexis* (Lima, 1977) dirigida por Susana Reiz de Rivarola, *Ideologies and Literatures* (Estados Unidos, 1977) dirigida por Hernán Vidal, *Punto de Vista* (Argentina, 1978) dirigida por Beatriz Sarlo³. La lista se puede ampliar a las revistas que desde el ámbito académico (como la *Revista Iberoamericana*, Estados Unidos, 1938/1956, dirigida por Alfredo Roggiano⁴) o desde el campo cultural (como *Casa de las Américas*, Cuba, 1960, dirigida por Roberto Fernández Retamar), ya venían sosteniendo, desde diversas posturas –cierto eclecticismo teórico, la primera, y un fuerte contenido socio-histórico, la segunda– la construcción de un discurso crítico para la literatura latinoamericana.⁵

Luego del relevamiento y entrecruzamiento de este material y de sus autores, es posible detectar algunas constantes: se trata de un conjunto de críticos que hasta el momento no habían coincidido en un debate conjunto de esta envergadura y que por primera vez colectivamente colocan el tema del estado de la crítica en la agenda del momento; conjunto que, al tiempo que debate cómo construir el valor de su discurso crea los espacios de circulación para su despliegue. Entre los principales y por estricto orden alfabético: Hugo Achugar, Raúl Bueno Chávez, Antonio Candido, Antonio Cornejo Polar, Roberto Fernández Retamar, Rafael Gutiérrez Girardot, Noé Jitrik, Alejandro Losada, Walter Mignolo, Desiderio Navarro, Nelson Osorio, Ángel Rama, Carlos Rincón, Beatriz Sarlo, Saúl Sosnowski, Hernán Vidal. Es notable la coincidencia en torno a los temas, cuya semejanza salta a la vista si recorremos algunos de los

² La *RCLLA* surge, entre otros propósitos, para acompañar el gesto crítico iniciado por Nelson Osorio y Helmy Giacomani de la revista de teoría *Problemas de literatura* que luego sería cerrada por la dictadura chilena.

³ Debido a la férrea censura impuesta por la dictadura militar argentina (1976-1983), *Punto de Vista* no publicó los nombres de su Consejo de Dirección y el de su real directora, Beatriz Sarlo, hasta el N° 12 (1981).

⁴ La *Revista Iberoamericana* nace en México en 1938 como órgano de difusión del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (IILI), con sede en la Universidad Nacional de México (luego UNAM) y, luego de esta primera etapa, se traslada a la sede académica de su nuevo Director, Alfredo Roggiano. La segunda etapa de la *RI*, a partir de 1956, se desarrollará en la academia norteamericana, mayoritariamente en la University of Pittsburg, que alojó a Roggiano y a la revista hasta la actualidad. Para una profundización de la trayectoria de esta revista, véase Martín (2002).

⁵ Andrés Avellaneda (1999), en su valioso estudio de las revistas estadounidenses sobre América Latina, señala el aumento sustantivo de publicaciones especializadas durante estos años comparada con un flujo mucho menor en las décadas precedentes.

títulos: “Teoría social de la literatura: esbozo de sus problemas” (R. Gutiérrez Girardot, *Escritura*, 1976), “La nueva narrativa y los problemas de la crítica literaria actual” (Osorio, RRLA, 1977), “Entre el corte y la continuidad. Hacia una escritura crítica” (N. Jitrik, *Revista Iberoamericana*, 1978), “Hacia una teoría de la literatura latinoamericana” (C. Rincón, *Texto Crítico*, 1978), “Sobre la nueva novela y la nueva crítica latinoamericana (R. Bueno Chávez, *RCLLA*, 1978), “Notas para un debate sobre la crítica literaria latinoamericana” (Achugar, *CA*, 1979), “Para una visión culturalista de la crítica literaria latinoamericana” (Hernán Vidal, *Ideologies and Literatures*, 1980), “Bases para un proyecto de historia social de la literatura de América Latina” (Alejandro Losada, *Revista Iberoamericana*, 1981), “Tendencias y prioridades de los estudios literarios latinoamericanos” (Jean Franco, *Escritura*, 1981), “Problemas y perspectivas de la crítica literaria latinoamericana” (Cornejo Polar, *RCLLA*, 1982), “Teoría literaria y desarrollo social en América Latina” (Raúl Bueno Chávez, *Hispanamérica*, 1986), para nombrar sólo algunos ejemplos representativos de un corpus de alrededor de 50 artículos.

Cabe aquí una aclaración: estos temas, como tales, venían siendo parte de la reflexión crítica desde los años ‘60. Avellaneda sostiene, en este sentido, que hay tres grandes zonas temáticas que podrían deslindarse:

Primero, el pensamiento sobre la historia de la literatura, o sea, el trabajo de la revisión historiográfica de la serie literaria con la premisa de replantear los principios de la periodización y, sobre todo, el papel de la contextualización en el discurso histórico sobre la literatura de la región. En segundo lugar, la cuestión de los límites del corpus y de los discursos literarios; o, mejor dicho, la discusión sobre la necesidad de ensancharlos hacia los márgenes. Y en tercer término, la preocupación por definir la especificidad del pensamiento sobre la literatura latinoamericana: la construcción de categorías y modelos teóricos apropiados, sobre todo la factibilidad de una producción de conocimiento conectada con proyectos de liberación y desarrollo propios del continente. (1999: 556-557)

Coincidiendo con la afirmación de Avellaneda, quisiera no obstante advertir que, por la cantidad y densidad de su formulación, sería dable pensar en términos de proyecto articulado y colectivo recién a partir de los años ‘70. Para entonces, cierta retórica utópica comienza a decantarse en problemáticas teóricas y críticas más concretas. Tal vez por su estrecha vinculación al proyecto cultural revolucionario de Cuba y a su urgencia por expandir ese proyecto en todas las prácticas culturales, Roberto Fernández Retamar haya tenido la prioridad de vislumbrar los ejes principales de la situación de los discursos teóricos y críticos expuestos posteriormente en el corpus que presentamos. *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*⁶ abre la mayoría de las cuestiones que comenzarán a debatirse dentro de este nuevo proyecto crítico y requiere de un cierto detenimiento en el análisis.

Unidad y especificidad: hacia la utopía de lo propio

El libro de Fernández Retamar que elegimos como disparador de este proyecto está compuesto por una colección de escritos de diversa índole (artículos, prólogos, conferencias) publicados por la emblemática Casa de las Américas. Su título es una suerte de desafío lanzado con el registro utópico y prospectivo que la época privilegiaba; no obstante, Fernández Retamar no olvida el pasado ni la importancia de construir una tradición aun en los proyectos más modernizadores: sus dos primeros artículos están dedicados a fijar una “línea de familia”: Martí como crítico (“La crítica de Martí”) y José Antonio Portuondo (“Lecciones de Portuondo”), como el pensador que prosigue la línea del marxismo latinoamericano inaugurado por Mariátegui y que rebrota, renovado, luego de la Revolución Cubana.

⁶ Publicado en 1975, el libro tuvo seis reediciones, la última de las cuales data de 1995, sustancialmente ampliada. Cito por esta última edición.

Los dos textos centrales del libro fueron publicados con anterioridad en la revista *Casa de las Américas*.⁷ Sus hipótesis centrales se sostienen en ese cruce entre modernización y politización de los discursos teóricos y críticos que persiguen el mismo objetivo. El reclamo por la *especificidad* implicaba generar un proyecto intelectual que fuera capaz de configurar un relevo teórico a aquellos paradigmas que instauraron el estudio de la literatura hispanoamericana sobre la base de teorías generadas a partir del análisis de las literaturas metropolitanas (“una teoría de la literatura es la teoría de *una* literatura”, afirma, intentando desenmascarar la falacia de pensar que las existentes están escritas desde la supuesta generalización de una supuesta “literatura mundial”). Pero también significaba contribuir a la construcción en clave socialista del sueño de Martí: “No hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamérica”.⁸

Esta dimensión histórico-política añadida por el autor es la que articula el proyecto literario dentro de un proyecto que lo excede pero lo abarca y que le impone ciertas *urgencias* de “tarea imprescindible y colectiva”. La convicción de que la literatura hispanoamericana ha llegado a cierta “madurez” deviene no sólo del hecho de que la región cuenta ya con un rico y valioso corpus literario expuesto a la consideración internacional con resultados altamente positivos y necesita, por tanto, de un discurso teórico y crítico que dé cuenta de ella, sino también de que, en su opinión, están dadas las condiciones histórico-políticas para que la “nación latinoamericana” –que, como decía Mariátegui, no encontró ni encontrará su unidad dentro del orden burgués– pase a otra instancia, esta vez socialista, en la que alcance el estadio de unidad. Es clara la operación de Fernández Retamar al vincular *unidad* y *especificidad*: alineando el mejor pensamiento crítico americano, de Martí y Rodó a Henríquez Ureña, de Mariátegui a Portuondo, la revolución socialista cubana le otorga al pensamiento crítico una función “impostergable” en su consecución:

*Ahora sí nos hace falta un sistema más amplio. Su ausencia es deplorada por los jóvenes críticos más rigurosos de la actual literatura latinoamericana [...] Que nuestra crítica ande a la zaga de nuestra literatura es bien explicable [...] Pero ahora que en Hispanoamérica (la cual está entrando en su madurez) ese poema, esa novela, le han sido dados con calidad y originalidad, es impostergable que la labor del crítico sea cumplida a plenitud. Para ello requiere contar con un señalamiento adecuado de los principios, categorías, etc. de la actual literatura hispanoamericana: es decir, con su correspondiente teoría literaria: a ella toca señalar el deslinde de *nuestra* literatura, sus rasgos distintivos, sus géneros fundamentales, los periodos de su historia, las urgencias de la crítica, etc. Proponerle mansamente a nuestra literatura una teoría *otra* –como se ha intentado– es reiterar la actitud colonial. (87) (Las bastardillas son nuestras)*

El inicio del otro texto central del libro, “Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana”, corrobora esta suerte de retraso de los discursos teóricos y críticos respecto de un “proceso de liberación cuyo punto más alto es por ahora la revolución cubana” (88). Este eventual desajuste ya había sido saldado por la literatura, que había encontrado también su punto más alto alrededor de la época en que se produce la revolución, y la operación de Fernández Retamar es hacer coincidir esos dos momentos, contaminando ambas esferas de una función –liberadora– y una direccionalidad común: “la novela hispanoamericana (ha) alcanzado tal relieve en los años recientes: años que han visto la aparición y desarrollo de la primera revolución socialista en América, el comienzo del debilitamiento del imperialismo estadounidense y un crecimiento de la afirmación nacional en nuestros países.” (116).

⁷ Se trata de “Para una teoría de la literatura hispanoamericana”, *Casa de las Américas* 80 (1973), y “Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana”, *Casa de las Américas* 89 (1975), también publicado en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (1975).

⁸ José Martí. “Ensayos sobre arte y literatura”, selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar. Citado en Fernández Retamar (1995).

Según Fernández Retamar, esto es posible porque la literatura de la región es portadora de uno de los rasgos que denotan su especificidad: al contrario de lo privilegiado por Alfonso Reyes en *El Deslinde* (1944) –considerado por el autor el primer intento formal de teoría literaria en el continente– lo propiamente hispanoamericano es el predominio de los géneros “ancilares” (crónicas, discursos, ensayos, diarios, testimonios, relatos que lindan con la historia y el discurso doctrinal, etc.). Esta especie de “hibridez” estaría asociada a las funciones históricas que la literatura ha debido cumplir por fuera de sus propósitos intrínsecos, dado el carácter de discurso articulador de una identidad sometida que está “en busca de una expresión”. La ampliación del canon desde lo literario en sentido restringido hacia los discursos culturales viene aquí de la mano de una concepción que da de baja la dicotomía establecida por Reyes y que concibe la ancilaridad no como un obstáculo sino como la condición para una expresión propiamente americana. Martí es su mejor ejemplo. La heterogeneidad interna permite mantener la *unidad* que Fernández Retamar precisa para establecer ciertas categorías teóricas propias.

En lo referente a la crítica hispanoamericana, el panorama presentado por Retamar coincide con el de la totalidad de los artículos estudiados del período 1975-1985: es notable el consenso en torno a una crisis del estatuto de la crítica y la preocupación ante la *precariedad* de los insumos teóricos con que ésta se había conducido hasta el momento. Si esta suerte de falencia había sido en parte subsanada en los estudios “inmanentistas” por los avances del enfoque estructuralista-semiótico a las letras continentales, su falta de conexión con la especificidad de su “materia prima” transformaba a estos estudios en esquemas generales de análisis sin anclaje socio-histórico en el proceso literario. Por su parte, los estudios de enfoque sociológico, habían naufragado en un pobre “contenidismo”, con un doble pecado: deficientes análisis del texto y ausencia de un trabajo de adecuación de esquemas teóricos globales (generalmente mal copiados de la teoría marxista) a la especificidad histórico-cultural de Latinoamérica. El reclamo por esa “falta de estatuto científico” de los estudios literarios continentales enquistados en una suerte de vulgata de los paradigmas críticos de una y otra índole, llegó a ser mayoritaria entre la generación de los jóvenes críticos a mediados de los setenta. Aunque Fernández Retamar y la mayoría de los intelectuales de marcada orientación socio-histórica (Rincón, Osorio, Cornejo Polar, Rama), puestos a elegir entre el “estructuralismo vulgar” y el “sociologismo vulgar”, rescatan de éste al menos su vocación historicista, la crítica, para ellos, no es un ejercicio aséptico del criterio. Es “una tarea política”, y en ese sentido el reclamo de un estatuto científico de la crítica tiene el límite de no dejar fuera el análisis histórico. De allí que el materialismo histórico sea una de las vías de análisis más ponderadas por Fernández Retamar. Urge, entonces, actualizar el instrumental crítico, modernizarlo a partir de la incorporación de enfoques que surjan del cruce entre el análisis de lo propio con otras realidades culturales semejantes (Retamar opta por la Europa del Este, en este ensayo).

En un lapso breve y por obra de la reflexión intelectual de conjunto, este consenso en torno a la *unidad* y la *especificidad*, en la encrucijada entre modernización, y politización, se instauró como desideratum de la crítica. Si tomamos, por ejemplo, como parámetro la encuesta realizada por la revista *Texto Crítico* (nº 6, 1977) sobre “La crítica literaria hoy”, podremos advertir que de los siete críticos consultados sólo dos, Anderson Imbert y José Pedro Díaz, niegan la posibilidad de una “regionalización” de la crítica literaria y creen innecesario un aggiornamento teórico, manteniéndose dentro de los parámetros de la crítica concebida en sus notaciones más tradicionales. El resto, Cornejo Polar, Roberto Fernández Retamar, Saúl Sosnowski, Margo Glantz, Domingo Miliani y José Miguel Oviedo, comparten el mismo consenso.

Ahora bien, a partir de las consignas sentadas por el discurso de Retamar y la expansión de ese consenso, ¿qué relaciones podrían detectarse entre la pulsión por construir lo propio, lo específico –impulso proveniente de la politización de la crítica–, y la incorporación aluvional de los discursos metropolitanos –impulso proveniente de la modernización de la crítica–, y cuáles fueron los efectos de ese cruce?

Modernización y politización de la crítica

Sabemos que durante los ‘60 y principios de los ‘70 la crítica acompaña el proceso de modernización a través de la apropiación más o menos desarticulada de un conjunto

diversificado de corrientes que marcan a una y en algunos casos a dos generaciones de críticos: la incorporación simultánea de lo que en Europa poseía una variación cronológica, hizo que conviviera en un friso teórico isocrónico la estilística alemana de Leo Spitzer, Karl Vossler y Kayser, fructíferamente cultivada en el orbe hispánico por Amado Alonso y su círculo, la corriente estructuralista en sus diversas vertientes, la corriente fenomenológica-existencialista (Husserl y Heidegger hasta Sartre y Merleau-Ponty), la corriente socio-histórica en sus diversas variantes de inspiración marxista: la línea Lukács, Hauser, Goldmann, la línea vinculada a la Escuela de Frankfurt, particularmente a Adorno, así como los acercamientos vía Althusser o Gramsci.

Esta modernización, que es paralela a otras disciplinas humanísticas, está enmarcada en un proceso mayor por fuera del cual no podríamos explicarnos las derivaciones posteriores: en el contexto de la instauración de gobiernos democrático-populistas, una nueva generación de críticos expande su espacio de intervención fuera del reducido ámbito de la academia, para acompañar los procesos de democratización y radicalización políticos, de incorporación de los intelectuales a los aparatos orgánicos de la cultura, así como en los mecanismos de producción y circulación literarias generados por la pujante industria editorial de la época. La participación de los críticos en los medios masivos de comunicación, en las editoriales universitarias y comerciales, en la conducción de las instituciones culturales y educativas, en los organismos de gobiernos de inspiración nacionalista o socialista, instaura un trípode de permanente retroalimentación entre academia, industria cultural y funcionarismo público. Estos vasos comunicantes amplían el “horizonte de la crítica” y necesariamente la hacen pensarse a sí misma como un discurso que no puede concebirse más en términos restringidos y autonómicos sino en directa relación con un “sistema múltiple” del cual debe dar cuenta.

La crítica por esos años realiza tres gestos: *se vuelve prospectiva*, en la medida en que la práctica del crítico y su discurso se inscriben dentro de un proyecto cultural liberador; *se encarga de la extensión de sus incumbencias*, tanto en lo que se refiere a la ampliación del canon hacia géneros y sistemas literarios (el popular, el indígena) no trabajados, como a temas no prestigiados (la industria cultural, por ejemplo); y en tercer lugar, la crítica *hace un movimiento metarreflexivo* propiciando, como se ha visto, una indagación por el estatus distintivo de la literatura latinoamericana.

A partir de la declinación de la influencia cubana en el continente y la instauración de los gobiernos dictatoriales en el cono sur –con la consecuente obturación y censura del campo cultural–, este proceso se clausura en su mayor parte, y posee distintas modulaciones de acuerdo a cómo se resolvió la relación entre modernización crítica y autoritarismo. Entre las principales consecuencias generales mencionaré que el flujo de importación crítica se desacelera, se reinstaura en algunos casos los paradigmas teórico-críticos anteriores, particularmente los inmanentistas; la función prospectiva articulada a un proyecto general se trunca junto con la participación de los críticos en los circuitos ampliados de intervención que mencionamos; finalmente, la compartimentación y confinamiento de la crítica a micro-circuitos académicos no oficiales u oficiales sin alcance político. Estos rasgos que Bernardo Subercaseaux (1991) marca para la crítica chilena pero que podría extenderse con algunos matices a la del resto del cono sur, impactan en una generación de críticos que serán los principales protagonistas de la crítica de la que nos ocupamos. Muchos de ellos partirán al exilio hacia otros países del norte del continente (Venezuela y México, principalmente, pero también se inicia allí el incipiente y posteriormente incesante flujo hacia la académica norteamericana) y desde allí se establece un intercambio intenso que dará consistencia y sustento a los debates de los ochenta.

La complejización de los sistemas literarios: dos modelos

En el marco de estas transformaciones, y ante el desafío de un campo crítico que había optado por un camino sin retorno a su matriz anterior, se generan los primeros aportes y debates, de los cuales puedo aquí sólo señalar algunos. Quisiera apuntar, al menos, dos tendencias que parten de una similar premisa de pensar la especificidad: la primera apunta a la necesidad de subsanar la mencionada “falta de estatuto científico de los enfoques socio-históricos de la literatura latinoamericana” y que pueden ejemplificarse con los trabajos de Alejandro Losada, un crítico ya casi –injustamente– ignorado pero que importa en este caso a uno de mis

propósitos, el de mostrar cómo ciertas condiciones posibilitan el surgimiento de un paradigma teórico que luego colapsa precisamente porque esas condiciones mutan hasta volverlo inviable. Se trata de una ambiciosa propuesta de un modelo conceptual con un alto nivel de abstracción basado en un método hipotético-deductivo de matriz lukacsiana que intenta buscar entre los “conjuntos literarios y la “totalidad social” latinoamericana, instancias de mediación. Esa mediación la encuentra Losada en el concepto de “sujeto productor de cultura” generador de un paradigma estético-cultural resultado de un tipo específico de producción social. Estos conceptos, formulados en su artículo “Los sistemas literarios como instituciones sociales” (1975), avanzan a una mayor complejización en el mencionado “Bases para un historia social de la literatura de América Latina” (1981). En él, se presenta la diferenciación de varios sistemas literarios coexistentes en diversos grados de evolución, acercándose a la hipótesis que A. Cornejo Polar había ya enunciado por esos años. Entre 1981 y 1983 Losada avanza en la sistematización, digamos en el “llenado” de estos esquemas. Ha publicado ya *La literatura en la sociedad de América Latina* (1983) y está abocado a la caracterización de esos diversos sistemas. En “Articulación, periodización y diferenciación de los procesos literarios en América Latina” (1983), analiza los diversos niveles en los que los procesos literarios pueden ser articulados, así como una re-clasificación de los distintos estadios en los que pueden encontrarse la producción literaria, habida cuenta de que es imposible concebir los periodos literarios latinoamericanos según parámetros de analogía. El último trabajo “La historia social de la literatura latinoamericana” (1986), póstumo, deja trunco su mega-propuesta, pero afirma al menos algunos aspectos que serán comunes al planteo de otros críticos del momento: la concepción de América Latina como un espacio social complejo, marcado por relaciones contradictorias entre diversos sistemas sociales que conviven, conflictivamente, en distintos estados de evolución. Las contradicciones, que también se instalan en el seno de cada uno de ellos, provocan un proceso de descentramiento cuyos mediadores son, con frecuencia, los sujetos productores de cultura. El estudio de los procesos de producción literaria debería dar cuenta del modo en el que un proyecto literario se vincula o no con ese espacio contradictorio.

Losada murió en 1985 y todo este andamiaje quedó trunco. Nadie sabe si este enorme esqueleto teórico hubiera podido ser “llenado” con estudios con la suficiente especificidad como para comprobarlo. Algunos conceptos eran compartidos en parte por otros críticos (Rama, Cornejo Polar y Osorio, principalmente), aunque se dejó de lado la intención fuertemente organicista que tenía el proyecto losadiano. La intención de destacar este itinerario crítico no frecuentado posteriormente tiene el propósito de iluminar una “marca de época” en la crítica y la historiografía literarias: la voluntad de crear modelos propios de pensar el funcionamiento de la literatura continental articulada al sistema social. El edificio teórico de Losada, sumamente prestigiado en el momento de su postulación entre 1975 y 1985, quedó trunco porque nadie recogió su legado más allá de un par de volúmenes de homenaje, precisamente porque chocó con la inviabilidad de una concepción historiográfica de esa naturaleza fuertemente cientificista y totalizadora que se tornó impensable muy poco tiempo después, en plena época de impugnación de los meta-relatos.

En gran parte, el esfuerzo de generar conceptualizaciones que permitan pensar un orden cultural total y al mismo tiempo heterogéneo, es llevado adelante por Antonio Cornejo Polar que, partiendo de una similar inspiración lukacsiana, acuña el concepto de “heterogeneidad” de la literatura latinoamericana como una “totalidad contradictoria” (1978, 1982 y 1983), sólo que Cornejo desiste del esquema modélico y se decide por ahondar algunos pocos conceptos fundantes dentro de un área en particular, el área andina, en donde le sea factible ponerlos a prueba y de allí expandirlos dentro de un orbe más complejo aun. En estos primeros estudios es notable cómo, en su intención de mantenerse apegado a la perspectiva unificadora del pensamiento latinoamericanista, Cornejo Polar no puede desprenderse todavía de cierto esencialismo y cierta perspectiva binaria que proviene del discurso identitario. Su concepto de heterogeneidad efectivamente critica y neutraliza la postura de la homogeneidad radical postulada por Fernández Retamar. Aquí es clara la oposición a la idea del cubano de que debería existir una relación de causalidad entre la entidad América Latina y la literatura latinoamericana. “La existencia de la literatura hispanoamericana depende, en primer lugar, de la existencia misma y nada literaria de Hispanoamérica como realidad histórica suficiente”,

afirmaba Retamar en su texto de 1975. Paradójicamente, Cornejo encuentra en esta expresión libertaria una reminiscencia de la noción europea de literatura nacional que sí podría pensarse en esos términos. Por otra parte, Cornejo deja de pensar en las claves lukacsianas el problema de la mediación. No hay instancias de articulación externa con lo social, y en una afirmación que recupera los aportes bajtinianos comienza a postular a la literatura latinoamericana como parte de ese proceso social.

Otra de las disidencias de Cornejo Polar la dicta su conciencia metacrítica, su concepción de que la organización de la literatura depende más de la crítica que de la propia literatura. “Las obras se relacionan entre sí, pero es el pensamiento crítico el que establece y define, interpretándolas, esas relaciones”, sostiene el autor, en consonancia con Rama que sostenía por esos años “La crítica no construye las obras pero sí construye la literatura”. Nótese la hiperconciencia del crítico acerca de lo determinante de su rol en la construcción de un corpus literario y el sentido de cierta “responsabilidad crítica” a la hora de proponer esquemas interpretativos de validez en esa construcción. Este es el caso de la noción de “heterogeneidad” postulada a fines de los ‘70 y refinada a principios de los ‘80. *Sobre literatura y crítica latinoamericana* (1982) es el libro que compila la producción y el desarrollo de su propuesta crítica hasta entonces. Pero en los trabajos de esos años, Cornejo Polar muestra de algún modo su propia contradicción, y así su progresiva constatación de la pluralidad de prácticas culturales diferenciadas y antagónicas que conviven en, por ejemplo, el mundo andino, lo llevan a formular la categoría de “totalidad contradictoria”, noción explicativa de la que se desprende el cambio de definición de los sistemas literarios (culto, indígenas y popular) y sus relaciones, que ahora deben estudiarse en su conjunto.

Cornejo Polar avanza en sus trabajos posteriores mucho más allá de lo planteado por los autores precedentes pero comparte con ellos una base semejante que formó una suerte de piso común en el que la mayoría de los críticos avanzados los años ‘80 compartieron: la convicción de que conviven en América Latina múltiples sistemas inscriptos en un proceso histórico de base colonial común con divergentes recorridos y apropiaciones. De esos años también data la formulación de Ángel Rama –en la que no nos detendremos aquí– en torno a la “transculturación narrativa” (1982), acerca de la existencia de formas diferenciadas de apropiación de las culturas metropolitanas por parte de las culturas internas latinoamericanas.

No es posible avanzar más en la continuidad del proyecto crítico del que sólo he podido enunciar algunos de sus rasgos de emergencia. La fecundidad de sus postulados pueden verse precisamente en el desarrollo del pensamiento crítico de los años ‘80 y los ‘90 que se cruzó con o eventualmente coincidió en muchos de sus lineamientos con los llamados “estudios culturales latinoamericanos”, y realizó un esfuerzo de variada suerte por sostener el equilibrio entre aquel reclamo de la especificidad y las pulsiones de la globalización de los discursos críticos, que en muchos casos terminaron articulados a planteos teóricos ajenos al latinoamericanismo continental, al punto de volverlos irreconocibles aun ante sus propios iniciadores locales. El mismo Cornejo Polar, en el texto que se considera su “testamento crítico”, “Mestizaje e hibridez, los riegos de las metáforas” (1998), postula un enfrentamiento irreversible que ha sido calificado por algunos detractores de sus términos como un “neo-ariélismo”. Pero éste, tal vez sea tema de estudio de otro proyecto que alimentó la imaginación crítica latinoamericana.

BIBLIOGRAFÍA

- AAVV (1977). "La crítica literaria hoy". *Texto Crítico*, n° 6, pp. 7-36.
- AVELLANEDA, Andrés (1999). "Desde las entrañas: Revistas de y sobre Latinoamérica en los Estados Unidos". Saúl Sosnowski (ed.). *La cultura de un siglo. América Latina en sus revistas*, Buenos Aires, Alianza.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto (1995). *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Primera edición completa. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- CORNEJO POLAR, Antonio (1978). "El indigenismo y las literaturas heterogéneas: su doble estatuto sociocultural". *Revista de crítica literaria latinoamericana*, n° 7/8, pp. 7-21.
- CORNEJO POLAR, Antonio (1982). *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- CORNEJO POLAR, Antonio (1983). "La literatura peruana: totalidad contradictoria". *Revista de crítica literaria latinoamericana*, n° 18, pp. 37-50.
- CORNEJO POLAR, Antonio (1998). "Mestizaje e hibridez: el riesgo de las metáforas". *Revista de crítica literaria latinoamericana*, n° 47, pp. 7-11.
- LOSADA, Alejandro (1975). "Los sistemas literarios como instituciones sociales". *Revista de crítica literaria latinoamericana*, n° 1, pp. 39-60.
- LOSADA, Alejandro (1981). "Bases para una historia social de la literatura de América Latina". *Revista Iberoamericana*, n° 114-115, pp. 167-178.
- LOSADA, Alejandro (1983a). "Articulación, periodización y diferenciación de los procesos literarios en América Latina". *Revista de crítica literaria latinoamericana*, n° 17, pp. 7-38.
- LOSADA, Alejandro (1983b). *La literatura en la sociedad de América Latina*. Frankfurt, Vervuert.
- LOSADA, Alejandro (1986). "La historia social de la literatura latinoamericana". *Revista de crítica literaria latinoamericana*, n° 14.
- MARTIN, Gerald (2002). "El Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y la *Revista Iberoamericana*: Breve relato de una larga historia". *Revista Iberoamericana*, vol. LXVIII, n° 200, julio-setiembre.
- RAMA, Ángel (1982). *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo Veintiuno.
- Reyes, Alfonso (1944). *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*. México.
- SUBERCASEAUX, Bernardo (1991). "La crítica literaria entre la democracia y el autoritarismo", en: *Historia, literatura y sociedad. Ensayos de hermenéutica cultural*. Santiago, CESOC/CENECA.
- WILLIAMS, Raymond (1997). *La política del modernismo*. Buenos Aires, Ediciones Manantial.